

EL CULTURAL

13-19 de septiembre de 2007

www.elcultural.es

Colección Cine de Terror

Hoy, *El pueblo de los malditos* y *Halloween*

Belén Gopegui

Publica *El padre de Blancanieves*, sobre el silencio de la clase media.
"Si la literatura sólo critica no es lucha sino lamento"

EL MUNDO

Belén Gopegui

Menuda, casi transparente, luciendo timidez y canas, Belén Gopegui (Madrid, 1963) es la antítesis del autor obsesionado por la fama. Le horroriza posar; desconfía de las fotos y de las entrevistas, aunque hace tiempo coordinase el suplemento cultural de un periódico. Pero no es una pose sino coherencia, ya que Gopegui, una de las mejores escritoras de nuestro tiempo, es también una de las más polémicas, y sin duda alguna la más combativa. Comunista a ultranza (asegura que en Cuba no se detiene a los disidentes, sólo "se condena a quienes colaboran con determinados proyectos del gobierno de Estados Unidos"), utiliza sus libros para combatir al capitalismo en estos tiempos de relatos ombliguistas, santos griaes y falsas ficciones.

"Me gustaría parecerme a un Dostoievsky de este siglo, con su misma fiebre, pero menos desesperación"

La suya es una literatura pegada a la realidad. Lo fue en 1992, cuando publicó su primera novela, *La escala de los mapas* y logró el entusiasmo de Carmen Martín Gaité, y lo sigue siendo ahora, con *El padre de Blancanieves* (Anagrama), una novela que evidencia por qué Umbral escribió de ella que era la mejor de su generación. En su arranque, además, puede identificarse cualquier lector, porque narra lo que ocurre en la vida de una familia cuando la madre, profesora de instituto, provoca sin querer el despido de un ecuatoriano que trabaja en un supermercado y que se le presenta en su casa. Hasta que no le consiga un trabajo, dice, no se librará de él. Si llama a la policía, vendrán su mujer y sus hijos. Si les deportan, sus amigos le recordarán que causó la ruina de una familia. Y que sigue siendo su responsabilidad...

Camiseta amarilla y pantalones vaqueros, Belén Gopegui aparece en "Ártico", una cafetería-hostal de Argüelles, amabilísima, pero con las

ideas muy claras sobre lo que quiere y no quiere contar.

—¿Cuál es la prehistoria de *El padre de Blancanieves*, es decir, de dónde nace la novela, se le ocurrió quizá en un *super* cualquiera viendo a los reponedores latinos?

Con los nudos en la garganta

—"Estoy cansado del estar cansado, entre plumas ligeras sagazmente", Cernuda. La novela nace de ahí. A lo largo del tiempo y en especial después de mi novela anterior he estado en contacto con personas y colectivos que piensan que siempre se puede actuar, hacer algo con los nudos en la garganta. He querido escribir desde ellos. Si el arte sólo critica, si sólo se ocupa de desvelar, ya sea directa o irónicamente, si renuncia a la afirmación y a proponer alternativas, no es lucha sino lamento. Busco una novela capaz de afirmar, en el sentido de hacer que algunas cosas queden bien apoyadas.

—¿Cómo fue el proceso de su es-

critura, sus principales problemas con los personajes y la trama, y cómo los fue solucionando?

—La novela dramatiza el diálogo entre el socialdemócrata que todos llevamos dentro y varios militantes revolucionarios de hoy, con edades en torno a los 25 años. El mayor problema era representarles, dado que apenas tienen presencia en las visiones dominantes, prensa, televisión, conversaciones. Además, en la vida real, en España, no son muchísimos, aunque ocupen más espacio del que les concede el imaginario. Decidí entonces acudir a un ser colectivo que habla, como los Bancos o los clubes de fútbol, un ser que de algún modo abarca ese todo que es más que la suma de las partes y contiene una promesa y un pacto de libertad.

—Hoy pocos autores españoles apuestan por la novela como instrumento de cambio social... ¿No teme (o quizás cuenta con ello) que la valoración ideológica pueda condicionar la literatura?



SERGIO ENRÍQUEZ

—Cuento con ello. ¿Lo temo? Supongo que sí.

—“Quien escucha —dice Manuela, uno de los personajes del libro— tiene derecho a saber quién le está hablando y en nombre de qué”. ¿Cómo respondería a estas preguntas si se las formulase un lector?

Los “no normales”

—Si lo hiciera en igualdad de condiciones, empezaría preguntándole sus ingresos y contándole los míos. Creo que es un buen punto de partida para llegar a saber quién habla. Como esta igualdad no se da en una entrevista, de un modo más abstracto le diría: pertenezco a esa imaginaria clase media que parece flotar hasta que viene un momento de crisis y entonces es empujada directamente al proletariado; sostengo que gran parte del dolor es evitable y no por vías metafísicas, sino modificando un sistema económico que se basa en la apropiación privada de los excedentes productivos.

—Una de las claves del libro po-

dría ser el concepto de normalidad, y la certeza de que “algo que pasó en nuestra vida nos hizo no normales, nos enseñó a mirar la vida desde un lugar distinto”; ¿qué fue, en el caso de Belén Gopegui?

—Más allá de mi historia concreta, pongamos: el día en que despiden a tu amigo; o cuando el único trabajo que te ofrecen es en negro cobrando medio sueldo más el paro; o las recientes declaraciones del premio Nobel de medicina J. Roberts: “Es habitual que las farmacéuticas estén interesadas en líneas de investigación para cronificar dolencias con medicamentos mucho más rentables que los que curan del todo”; o el encogimiento de hombros y el ya se sabe con que se leen declaraciones así en privado; o la pasividad y la impotencia política con que se asumen en público; o la lista de espera que tiene a tu hermana con un tumor maligno sin que la operen du-

rante un año; o las pompas repugnantes con que la Unión Europea nombra comisiones para conceder el chocolate del loro a los proyectos médicos y científicos más necesarios. Etcétera.

—Sin embargo, y a pesar de todo eso, el libro ofrece un mensaje de es-

“ Sucede también que estamos hechos de agua, de carne, de mierda y de valor y orgullo y bondad y sentido del ridículo y miedo. A veces predomina el miedo, pero no siempre”, explica Belén Gopegui

peranza: “la amargura no es la solución”; “ya ha pasado el tiempo de creer que no hay salida”. ¿Cómo se puede combatir en la práctica contra la resignación, contra el cansancio y el miedo (a perder el trabajo, etc)?

—Dice Foster Wallace, y suscribo: “Creemos que la ideología es hoy día la provincia de los grupos de influencia y los comités de acción po-

lítica en su lucha por llevarse su porción del enorme pastel verde... y, mirando a nuestro alrededor, vemos que ciertamente es así. Pero [...] lo es, en parte, porque hemos abandonado el terreno”. No abandonarlo, organizarse, requiere paciencia y produce, sí, cansancio. Quizá sirva pensar que sentirse cansado no es (todavía) estar cansado. En cuanto al miedo, real, se atenúa en compañía.

—Su libro tiene varias cargas de profundidad. Por ejemplo, asegura que en España es “pura ficción” un cambio de tendencias. O sea, que ¿Zapatero no representa a la izquierda?

—No; su política no tiene intención de tocar las bases económicas, que es lo que caracteriza a la izquierda. Hay diferencias de grado entre los dos partidos capitalistas que se turnan en el poder, pero nada más.

—También es muy crítica con los

grandes sindicatos y su complicidad con la patronal...

—Sin duda hay dentro personas que están trabajando con honestidad y valor. Pero institucionalmente su papel es el que ellos parecen haber aceptado: “agentes sociales” ocupados de contribuir a mejorar la marcha de la economía y, como se sabe, casi siempre es posible traducir “economía” por “beneficio de la clase dominante”.

—Y no salva tampoco a las ONGs y la pornografía de los buenos sentimientos: ¿ejercen quizás un efecto calmante sobre las conciencias?

—Este año “Los Angeles Times” publicó una serie de artículos donde explicaba cómo la Fundación Gates había invertido 423 millones de dólares en compañías responsables de gran parte de las enfermedades y problemas que su fundación filantrópica (con un presupuesto igual o menor) se dedicaba a aliviar. De modo semejante, ocurre que se entrega a una ONG parte del dinero obtenido trabajando en un contexto laboral que nos reclama comportamientos cómplices con el daño, desleales, sumisos.

El silencio de la clase media

—También se detiene en la educación... de la que escribe que desde hace años se está desmoronando... ¿qué tipo de lectores cree que podrán ser estos adolescentes obsesionados con internet (como Adela) y, en demasiados casos, nacidos para el paro y el consumo?

—Pueden ser los mejores lectores. Tienen a su favor que detectan la retórica al momento, saben que palabras como diversidad, ciudadanía, sociedad justa y solidaria, son absurdas cuando te espera un futuro laboral de esclavo. En contra tienen que ahora hay pocos cauces para organizarse contra ese futuro, pero bastará con que encuentren uno para que empiecen a leer con rabia y necesidad.

—Tras escribir el libro, ¿ha llegado a comprender por qué callaba el pa-

dre de Blancanieves, por qué calla la clase media ante los abusos, y preferimos ignorar no lo que no se ve, sino lo que, viéndose, no se mira?

—La clase media no toma partido, se lava las manos, es precisamente lo que la caracteriza: ocupa un espacio donde en principio nada le obliga a hacer otra cosa. Sucede también que estamos hechos de agua, de carne, de mierda y de valor y orgullo y bondad y sentido del ridículo y miedo. A veces predomina el miedo, pero no siempre.

Cuba y la información falsa

—Su libro anterior, *El lado frío de la almohada*, suscitó una extraordinaria polémica por su defensa de Castro y de la revolución cubana: ¿la persecución de los disidentes no le hace cuestionarse su entusiasmo?

—Un tanto por ciento muy alto de la información sobre Cuba es falsa. Quien quiera comprobar esto puede acudir a los libros de Pascual Serrano editados por El Viejo Topo, o a la página www.rebelion.org. Sin siquiera tomarse esa molestia muchas personas habrán leído en periódicos nacionales y escuchado en la radio declaraciones disidentes, críticas, incendiarias, de personas residentes en La Habana que no están siendo en absoluto perseguidas. No se persigue a disidentes, se condena a quienes colaboran con determinados proyectos del gobierno de los Estados Unidos, un gobierno cuya hostilidad hacia la isla no es una fantasía sino que forma parte de su legislación vigente. Ya dije entonces y repito que la revolución cubana no es la Inmaculada Concepción. Nadie lo es, pero la revolución cubana merece nuestro respeto mucho más que las llamadas democracias occidentales.

—Volvamos a la literatura: ¿qué autores jóvenes le interesan?

—De los jóvenes digamos de menos de 35 años, me interesan Alberto Olmos, Elvira Navarro, Pablo Caballero, Torné de la Guardia, Isaac Rosa, Olga Novo y Yolanda Castaño

entre otros. Me interesa el debate que se ha generado a partir del término *afterpop*. Leo ciertos blogs, ciertas páginas web, el libro delicado y brutal de Santiago Alba, *Leer con niños*, leo a Günther Anders. Hace poco he leído los dos únicos capítulos traducidos de una novela alemana que creo imprescindible, *Bajo el nombre de Norma*, escrita por Brigitte Burmeister y que ojalá algún editor decida publicar.

—Hace años, Umbral la destacó como la mejor narradora de su promoción, pero ¿quiénes han sido sus maestros literarios?

—Llevándole la contraria a Steiner que escribió Tolstoi o Dostoievski, elijo Tolstoi y Dostoievski. Los maestros, como los modelos, son desiderativos, puedes querer emular algo, pero lograrlo ya es otra cuestión. En esta novela me gustaría parecerme, salvando las distancias, a un Dos-

“No hace falta que muera nadie para ver las mezquindades. En el caso de Umbral quizá lo más penoso haya sido el deseo de cubrirse las espaldas de muchos literatos”

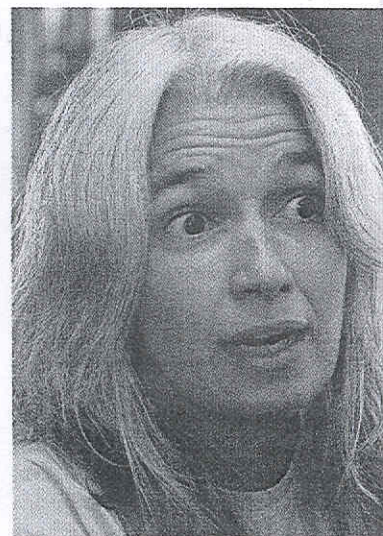
“La clase media no toma partido, se lava las manos, es precisamente lo que la caracteriza: ocupa un espacio donde en principio nada le obliga a hacer otra cosa”

toievski de este siglo, con su misma fiebre pero menos desesperado. Cito cuatro maestros: Brecht, Umbral, López Salinas, Méndez Ferrín.

—¿No cree que la muerte de Umbral ha descubierto demasiadas mezquindades en nuestras letras?

—No hace falta que muera nadie para ver las mezquindades, otra cosa, como decía, es que no se miren.

En el caso de Umbral quizá lo más penoso haya sido el deseo de cubrirse las espaldas de muchos literatos: era un gran escritor pero que conste que yo no estoy de acuerdo con, o no suscribo, o utilizo incluso una necrológica para marcar distancias no vaya a ser que mis jefes (todos tenemos muchos jefes directos e indirectos) me afeen la admiración. Es la clásica actitud de los “ninis”: se confunde, interesadamente, la conciencia crítica con el privilegio de estar en el limbo: ni OTAN ni Milošević, ni Sadam ni Bush, pero cuando caen las bombas no se puede decir ni tirarlas ni no tirarlas. Y decir que no se tiren, no significa renunciar a criticar lo que hizo Sadam, significa elegir que no se tiren. En otra escala, cuando un escritor como Umbral muere, pienso, se disparan salvas en señal de respeto y duelo; no es momento de cubrirse las espaldas.



—En el libro, uno de los personajes se plantea que cuando acaba la asamblea, comienza la vida, pero, ¿qué ocurre, en su caso, cuando una novela está ya en la calle?

—La novela pregunta, la calle responde a su manera, yo escucho y sigo.

NURIA AZANCOT

El padre de Blancanieves

BELÉN GOPEGUI

Anagrama, Barcelona, 2007

352 páginas, 19'50 euros

A un a riesgo de que se me malinterprete, me atrevo a decir que si Galdós viviera hoy, escribiría una novela como ésta de Belén Gopegui. Aunque técnica, anécdotas y mensaje serían diferentes, no habría grandes diferencias en el objetivo global. La escritora madrileña, al igual que el canario, procede a una minuciosa y penetrante observación de la vida y la convierte en metáfora de las condiciones generales de una época. Para ello aplica una fuerte y poderosa invención y construye una realidad imaginaria plena capaz de recrear el com-

plicado mundo en el que vivimos. Al afirmar esto, corro nuevo riesgo, el de darle dimensión imaginativa a un tipo de relato generoso en mínimos detalles veristas y que se emplaza en una geografía madrileña concretísima con datos ciertos (la localidad de Parla, rótulos de calles, nombre de un instituto de enseñanza media...).

No hay contradicción entre la mirada costumbrista y un planteamiento inventivo. El creador realista trabaja para precisar los detalles de la realidad y les da un sentido con la imaginación moral. Esto hace Gopegui en *El padre de Blancanieves*. Observa anécdotas concretas y posibles, deduce las consecuencias personales que acarrearían y todo ello, la base cierta y lo que podría ocurrir, se convierte en reflejo del cuerpo social. La novela se insinúa como muestrario de "casos" sobre los que se soporta un sentido general del mundo. En un par de páginas (298-299) se sintetizan media docena de historias de entre un censo de medio millar de situaciones representativas, cada una de las cuales valdría para hacer una novela distinta, pero sólo una se desarrolla con amplitud.

Esta historia refiere un caso probable. Manuela, profesora de instituto, protesta al supermercado por el descuido del repartidor que ha estropeado la compra. El hombre, emigrante ecuatoriano, es despedido y culpabiliza a la mujer. El episodio provoca una grave crisis en

■ Ésta es una obra seria e importante que debe leerse porque, además de resultar amena por el interés de la trama que la alimenta, urge a reflexionar sobre la realidad

Manuela que afecta también al marido y los tres hijos, cuyos comportamientos se van mostrando en fragmentos discontinuos. La militancia de la hija, Susana, en una asociación política da pie a otra línea narrativa, el activismo crítico de este grupo, con nuevos personajes y con la original personificación del mismo grupo dotado de conciencia y voz propia en el relato.

Este es el soporte de una novela que se decanta sin ambigüedades por una concepción de la literatura como medio de análisis e interpretación de la vida y que supone un ejemplo hoy casi único entre nuestra narrativa reciente de arte especulativo. Es un libro de planteamiento comprometido y de militancia progresista, o, dicho sin paños calientes, de expresa ideología izquierdista. Esto no quiere decir que sea sectario en su pensamiento ni que trazos maniqueos estropeen la autenticidad de su mensaje.

Un pensamiento claro sostiene *El padre de Blancanieves*, aunque sea una novela compleja, como la vida misma. La base última de su inspiración se asienta sobre algo cercano a un alegato de crudo desacuerdo sobre el estado presente del capitalismo. La denuncia no se desarrolla

en un relato simplista porque da voz a un buen número de posiciones matizadas que evidencian las múltiples aristas de la sociedad actual. De ahí el acierto de utilizar una técnica perspectivista que abarca desde la narración hasta el dietario. Gopegui practica una auténtica metodología dialéctica, un subterráneo mecanismo de contraposición de tesis y antítesis en el cual elude, sin embargo, la síntesis explícita. Esto lo hace no en virtud de alguna clase de indecisión sino porque un elemento fundamental de su novela radica en propiciar la alerta reflexiva del lector. Sobre la mesa pone las condiciones objetivas—en terminología política—y es el destinatario quien debe juzgar los datos presentados. Al hilo de esta trama general, se muestran numerosas cuestiones de la más viva importancia colectiva, españolas aunque también universales. Y entre ellas, una que viene a resumir el conflicto central de la sociedad que hemos hecho: el papel de la clase media.

La mirada última del libro es bastante negativa al presentar individuos atezados por las contradicciones de un sistema basado en el abuso (léase, plusvalía) y que parece proporcionar seguridad pero produce dolor o resignación. La alerta de la autora pide la rebeldía, pero este idealismo lo tiñe con el tinte de la utopía. En cualquier caso, ésta es una obra seria e importante que debe leerse porque, además de resultar amena por el interés de la trama que la alimenta, urge a reflexionar sobre la realidad.

SANTOS SANZ VILLANUEVA

LA ESCALA DE LOS LIBROS

Hija del científico aeroespacial Luis Ruiz de Gopegui, Belén Gopegui nació en 1963 en Madrid y se licenció en Derecho por la Universidad Autónoma de Madrid, aunque antes de terminar sus estudios universitarios ya había decidido que quería ser escritora. Coordinó en el suplemento de libros de "El Sol" ("Aprendí mucho sobre el campo literario con el director del suplemento, el escritor Manuel Longares"), hasta que en 1992 vio la luz su primera novela, *La escala de los mapas* (Anagrama). Después vendrían *Tocarnos la cara* (1995), *La conquista del aire* (1998), *Lo real* (2001) y *El lado frío de la almohada* (2004), todas ellas en Anagrama. También ha escrito los guiones de las películas *La suerte dormida* (2003) de Ángeles González Sinde y *El principio de Arquímedes* (2004) de Gerardo Herrero.